

de estas dos viciosas formas: ó ponen los batallones uno al lado de otro formando un frente de batalla largo, pero poco profundo, y por tanto de poca resistencia, ó cuando se quiere hacer la línea más fuerte se concentran los batallones por el método de los romanos; pero si el primer frente es batido, no estando formada la segunda línea de modo que puedan reunirse en sus intervalos los vencidos, éstos la desorganizan mezclándose unos con otros. Rechazada la primera línea, atropella á la segunda, y si ésta quiere avanzar se lo impide la primera. De tal modo, desordenando la primera á la segunda y la segunda á la tercera, la confusión es tan grande que un pequeño accidente puede causar y causa con frecuencia la pérdida de todo un ejército.

Los ejércitos español y francés en la batalla de Ravena, donde murió monseñor de Foix, que mandaba á los franceses (batalla muy bien dirigida conforme á las ideas modernas), formaron las tropas de uno de los dos citados modos, esto es, los batallones uno al lado del otro, teniendo ambos ejércitos un extenso frente de batalla, pero de líneas sin profundidad.

Esto ocurre siempre que el campo de operaciones es una vasta llanura, como sucedía en Ravena, porque sabiendo los generales el desorden que se produce al retirarse la primera línea sobre la que hay detrás, lo evitan en cuanto es posible, extendiendo la línea de batalla según he dicho. Pero cuando el terreno es angosto, adoptan la formación de varias líneas sin remediar los defectos ya referidos.

Con igual desorden avanza la caballería por país enemigo, ó para coger presas ó para cualquier otra operación de guerra. En Santo Regolo y en otros puntos donde los florentinos fueron derrotados por los pisanos, durante la guerra que mantuvieron contra Pisa, por su rebelión al llegar á Italia el rey Carlos VIII de Francia,

produjo las derrotas la caballería florentina, que, yendo delante, al ser rechazada por el enemigo, atropellaba y desordenaba la infantería de su propio ejército, con lo cual todos huían. Maese Ciriaco del Borgo, antiguo general de la infantería florentina, ha dicho muchas veces delante de mí que nunca fué derrotado más que por la caballería de su ejército.

Los suizos, que son los maestros en la guerra moderna, cuando pelean unidos á los franceses, procuran ponerse á un lado para que la caballería de éstos, si es rechazada, no les atropelle.

Aunque estos principios parezcan de fácil comprensión y facilísima práctica, ninguno de nuestros generales de ahora imita la organización antigua y reforma la moderna. Nuestros ejércitos constan también de tres cuerpos, llamados vanguardia, batalla y retaguardia, pero sólo se sirven de ellos para disponer los alojamientos y en el campo de batalla rara vez acontece, según antes dijimos, que los tres cuerpos, por su colocación, dejen de estar expuestos á igual peligro.

Y porque muchos, para excusar su ignorancia alegan que la violencia de la artillería no permite en estos tiempos practicar la organización antigua, trataré en el siguiente capítulo de esta materia y examinaré si, en efecto, la artillería impide el uso antiguo de guerrear.

CAPÍTULO XVII

De cómo debe apreciarse la artillería en los ejércitos de estos tiempos, y de si la opinión que generalmente se tiene de ella es cierta.

Considerando yo, además de los puntos de que he tratado, cuantas batallas campales (llamadas en nues-

tro tiempo por los franceses *jornadas*, y por los italianos *hechos de armas*) dieron los romanos en diversas épocas, he reflexionado acerca de la opinión generalmente admitida de que, si en aquellos tiempos se usara la artillería, no hubiera sido ni fácil ni posible á los romanos apoderarse de tantas provincias, hacer tributarios tantos pueblos, ni realizar tan admirables conquistas. Dícese también que mediante esta nueva arma de fuego, los hombres no pueden probar su valor como antiguamente, y se añade que ahora es más difícil organizar las fuerzas en el campo de batalla y no se puede emplear el antiguo sistema de concentración; de modo que la guerra se reducirá, andando el tiempo, á combates de artillería.

No es cosa, según creo, fuera de propósito examinar si estas opiniones son ciertas; si la artillería ha aumentado ó disminuído la fuerza de los ejércitos, y si quita ó da ocasión á los buenos generales para operar valerosamente.

Comenzaré hablando de la primera opinión, la de que los ejércitos romanos no hubieran realizado tantas conquistas si en su tiempo se usara la artillería. Respondo á esto diciendo que la guerra se hace para defenderse ó para ofender, y lo primero que se debe examinar es á cuál de estos dos sistemas de guerra, el de la defensa ó el del ataque, favorece ó perjudica más la artillería.

Aunque se ha dicho mucho en pro y en contra, creo que sin comparación perjudica más al que se defiende que al que ataca, y me fundo en que el primero está dentro de una plaza fuerte ó en un campo atrincherado. Si está en una plaza, ó es pequeña, como lo son casi todas las fortalezas, ó es grande. En el primer caso puede considerarse completamente perdido, porque el ímpetu de la artillería es tal, que derriba en po-

cos días cualquier muro por grueso que sea, y cuando no tiene espacio para retirarse tras de nuevos fosos y parapetos, le es imposible resistir al enemigo, que entra por la brecha, sin que para impedirlo le sirva la artillería, porque es máxima evidente que cuando los hombres atacan en masa y con ímpetu, la artillería no les contiene. Por ello en ninguna defensa de plaza se han podido resistir los asaltos de las tropas ultramontanas. Recházanse fácilmente los de los italianos, que atacan, no en masa, sino en pequeños destacamentos, llamando á estos combates, con nombre muy propio, *escaramuzas*. Los que atacan con tanta tibieza y desorden la brecha de un muro artillado van á una muerte cierta, y contra ellos es eficaz la artillería; pero los que acometen en batallones cerrados, cuyas filas una empuja á la otra, se apoderan de la brecha si no lo impiden fosos y parapetos, y toman la plaza, á pesar de la artillería. Mueren algunos, pero nunca tantos que las pérdidas imposibiliten la victoria.

Las muchas fortalezas asaltadas por los ultramontanos en Italia demuestran esta verdad, sobre todo la toma de Brescia porque, sublevada esta plaza contra los franceses, pero quedando la fortaleza á favor de ellos, los venecianos, para rechazar el ataque que desde ella pudiera dirigirse contra la ciudad, pusieron artillería en todas las vías entre la ciudadela y la población, lo mismo de frente que por los flancos, y en todos los parajes oportunos. De tales preparativos no hizo caso alguno monseñor de Foix, y con sus tropas bajó á pie, pasando por entre los cañones y apoderándose de la población, sin que conste que en este ataque sufriera pérdidas considerables.

Resulta, pues, como he dicho, que cuantos se defienden en pequeñas plazas, después de abierta la brecha en las murallas y no tiene espacio para retirarse donde

construir nuevos fosos y parapetos, fiando sólo en su artillería, pronto son vencidos.

Si la defensa es de una plaza grande, donde hay facilidad para retirarse, la artillería es, sin embargo, mucho más útil á los sitiadores que á los sitiados; primero porque para que la de la plaza cause daño á los de fuera es preciso situarla casi al nivel del suelo, pues de lo contrario, construyendo el enemigo poco elevados parapetos, estará seguro de que no has de causarle daño. Obligados los defensores á colocar sus cañones en lo alto de los muros ó cualquier otro punto elevado, tropiezan con dos dificultades: una no poder emplear piezas del mismo calibre y alcance que los sitiadores, porque en pequeño espacio no se manejan grandes cañones, y otra que, aun pudiéndolos colocar, no cabe cubrir las baterías con parapetos tan fuertes y seguros como las de los sitiadores, que, dueños de ancho terreno, tienen espacio para situarlas donde les convenga. Si éstos poseen bastante artillería gruesa, será imposible á los defensores de la plaza tener baterías altas, y las bajas ya he dicho que son casi inútiles.

Las ciudades hay, pues, que defenderlas con los brazos, como se hacía antiguamente, y con artillería pequeña, la cual es de escasa utilidad, porque los inconvenientes de su empleo contrapesan su eficacia, obligando á que los muros sean poco elevados y á colocarla casi en los fosos; y como no se verifica el asalto hasta que están abiertas las brechas ó rellenados los fosos, los sitiados tienen ahora muchas más desventajas que antiguamente. Resulta, pues, como he dicho antes, que la artillería es mucho más ventajosa para el que ataca que para quien se defiende.

En el tercer caso, es decir, el de atrincherarse en un campo para no librar batalla sino oportunamente y con ventaja, sostengo que no hay ahora más medios de los

que tenían los antiguos para evitar el combate, y á veces, por causa de la artillería, resulta desventaja; porque si el enemigo te flanquea y ocupa mejores posiciones, como puede suceder fácilmente, si se apodera de sitios más elevados, ó cuando llega no has terminado tus atrincheramientos ni te has cubierto bien con ellos, inmediatamente y sin que puedas evitarlo, te obliga á salir de ellos y á dar la batalla. Así sucedió á los españoles en la de Ravena, donde, situados entre el río Ronco y un parapeto, por no haber elevado éste lo necesario y por tener los franceses alguna ventaja en el terreno, obligóles la artillería de éstos á salir de las trincheras y dar la batalla.

Pero en el caso de que, como sucederá la mayoría de las veces, el sitio elegido para el campo atrincherado sea más elevado que los que les rodean, y que el atrincheramiento sea bueno y seguro, de modo que por la posición y los parapetos el enemigo no se atreva á atacar, acudirá á lo mismo que se hacía en este caso antiguamente cuando se situaba un ejército en una posición inacabable, que era enviar partidas á recorrer y arrasar el país, á devastar el de los aliados, á impedir los aprovisionamientos, de modo que por necesidad abandonarás las trincheras y darás la batalla, en la que, como diré más adelante, no produce la artillería grandes efectos.

Considerando de qué manera hacían los romanos la guerra y viendo que casi siempre era ofensiva y no defensiva, se deducirá, por ser lo antedicho cierto, que, teniendo artillería, fueran mayores sus ventajas y hubiesen hecho más rápidamente sus conquistas.

Respecto al segundo argumento, de que los hombres no pueden mostrar ahora su valor personal como antiguamente, á causa de la artillería, digo, que ciertamente los que se exponen al fuego yendo diseminados,

corren más peligro que entonces al escalar un muro ó atacar sin ir unidos, ni en masa, sino aisladamente. Verdad es también que los generales y jefes del ejército están ahora más expuestos al peligro de morir que antes, pudiéndoles alcanzar la artillería donde se sitúan, aunque sea en las últimas filas ó resguardados por hombres fortísimos. Sin embargo, se observa que ninguno de ambos peligros causa daño extraordinario; porque las plazas bien fortificadas no se escalan, ni contra ellas se intentan débiles asaltos: cuando hay propósito de tomarlas, se las sitia, como hacíase antiguamente. Y en los asaltos tampoco son ahora mayores los peligros que entonces, porque no faltaban á los que antiguamente defendían las plazas armas arrojadizas, que, si no metían tanto ruido, para el efecto de matar hombres eran como las de ahora.

En cuanto al mayor peligro de muerte de generales y jefes en los veinticuatro años que ha durado la última guerra en Italia, ha habido menos de estas desgracias que en diez años de la antigüedad, porque, excepto el conde Luis de la Mirandola, muerto en Ferrara, cuando hace pocos años invadieron los venecianos este ducado, y el duque de Nemours, que murió en Ceriñola, ningún otro caso hay de muerte de generales por la artillería, pues monseñor de Foix no murió en Ravena á tiros, sino á estocadas y lanzadas.

Si los hombres no muestran ahora el mismo valor que en la antigüedad, no es por causa de la artillería, sino por la falta de disciplina y la debilidad de los ejércitos que, careciendo de valor en conjunto, no lo pueden mostrar individualmente.

El tercer argumento consiste en que ya no se puede combatir cuerpo á cuerpo, y que la guerra se convertirá en combates de artillería: contesto á él que es opinión completamente falsa, y por tal la tendrán los que

quieran organizar sus ejércitos á la manera antigua; porque á quien quiere tener un buen ejército le conviene, con combates verdaderos ó simulados, acostumbrar á sus soldados á acercarse al enemigo y llegar al combate cuerpo á cuerpo y al arma blanca, y debe procurar el fundamento de su fuerza mejor en la infantería que en la caballería, por razones que se dirán después. Cuando la base de un ejército es la infantería organizada como se ha dicho, la artillería llega á ser completamente inútil, porque la infantería, al atacar al enemigo, puede librarse del fuego de los cañones con más facilidad que antiguamente se libraba del ímpetu de los elefantes, de los carros armados de hoces y de otros inusitados medios de ataque que la infantería romana encontró, y contra los cuales siempre tuvo medios de resistencia; con mayor facilidad los hubiera hallado contra éste. La artillería puede ofender menos tiempo que ofendían los elefantes y los carros, que desordenaban las filas con su empuje en lo más empeñado de la lucha, porque aquella sólo combate al empezar la batalla, y de sus disparos fácilmente se libra la infantería, ó resguardándose en las desigualdades del terreno, ó echándose en tierra. Ni aun esto es necesario, según demuestra la experiencia, sobre todo para librarse de la artillería gruesa, la cual no se puede apuntar con exactitud, y sus tiros, ó por altos no te tocan, ó por bajos no te alcanzan.

Claro es como la luz que cuando dos ejércitos llegan al combate cuerpo á cuerpo, ni la artillería gruesa, ni la ligera, pueden causar daño, porque si está puesta delante de las tropas, cae en poder de quien ataca; y si detrás, daña primero á los suyos que á los contrarios, y en los flancos no puede evitar ser atacada y caer en manos del enemigo, como en el primer caso.

Esto es indisputable, y lo prueba el ejemplo de los

suizos en Novara en 1513, que sin artillería ni caballería acometieron al ejército francés, provisto de cañones y atrincherado, y lo derrotaron, á pesar de la artillería y de las trincheras. Sucedió así porque, además de las razones alegadas, hay la de que la artillería, para maniobrar, necesita defensa de muros, fosos ó parapetos, y si le falta esta defensa, cae en poder del enemigo y resulta inútil, como sucede en batallas campales, en que sólo la defienden los hombres. En los flancos no puede emplearse sino como empleaban los antiguos las máquinas de proyectiles arrojados, que ponían separadas del grueso de las fuerzas para que combatieran sin desordenar las líneas, y cuantas veces las atacaban la caballería ú otras fuerzas, refugiábanse dentro de las legiones. Los que usan la artillería de otro modo no conocen bien este arma, y fían en ella un apoyo que fácilmente puede faltarles.

Si por la artillería vencieron los turcos á los persas y á los egipcios, no fué á causa de su eficacia, sino del espanto que el inusitado estruendo causaba en la caballería enemiga.

Resumiendo lo dicho en este capítulo, afirmo que la artillería es útil en un ejército valeroso como los antiguos, pero ineficaz cuando falta el valor y se lucha contra un ejército esforzado.

CAPÍTULO XVIII

De cómo por la autoridad de los romanos y por los ejemplos de la milicia antigua se debe estimar más la infantería que la caballería.

Puede probarse claramente, con muchas razones y no pocos ejemplos, que los romanos en todos sus hechos

militares estimaron más las tropas de á pie que las de á caballo, fundando en aquéllas el éxito de sus empresas. Entre otros ejemplos, debe citarse el de la batalla que contra los latinos libraron junto al lago Regillo. Empezaba ya á ceder terreno el ejército romano cuando ordenaron los generales que para ayudar á la infantería echase pie á tierra la caballería, y renovado así el combate, alcanzaron la victoria. Demuestra este hecho que los romanos confiaban más en su gente de á pie que en la de á caballo. El mismo recurso emplearon en otras muchas batallas, siendo siempre excelente remedio en los mayores peligros.

No se oponga á esto la opinión de Anníbal, quien viendo en la batalla de Canas que los cónsules ordenaban desmontar á la caballería, burlándose de la orden, dijo: *Quam mallem victos mihi traderent equites* (1). Aunque esta opinión sea de un capitán famoso, en punto á autoridad merece más crédito que la de Anníbal la de la república romana y de tantos excelentes capitanes como en ella hubo. Y además del argumento de autoridad, hay otros muy atendibles.

El soldado de infantería camina por muchos sitios que no son practicables para la caballería; á la infantería se la puede obligar á permanecer ordenada, y si se desordena, á restablecer las líneas; mientras es más difícil en la caballería mantener el orden é imposible reorganizarla, una vez dispersada. Además, entre los caballos, como entre los hombres, los hay tímidos y animosos. Sucede muchas veces que un hombre cobarde monta un caballo valiente, y un bravo jinete un caballo miedoso y esta disparidad, sea como sea, produce la inutilidad de ambos y la desorganización. La infantería bien formada podrá romper fácilmente á la

(1) Preferiría que me los entregaran atados.

caballería, y es muy difícil que ésta rompa á aquélla.

Corroborada dicha opinión, además de muchos ejemplos antiguos y modernos, la autoridad de los que dan reglas sobre las instituciones públicas, quienes muestran que al principio hicieron las guerras sólo con caballería, porque aun no se conocía la organización de la infantería; pero cuando fué inventada, comprendióse inmediatamente cuánto más útil era que aquélla.

No quiere decir esto que la caballería deje de ser útil en un ejército. Se necesita para las descubiertas, para las correrías y presas en país enemigo, para perseguir el ejército que huye y para contrarrestar á la caballería enemiga; pero el fundamento, el nervio del ejército y lo que más debe estimarse es la infantería.

Entre las faltas de los príncipes italianos que han convertido á Italia en sierva de los extranjeros, la mayor es, sin duda, haber hecho poco caso de la infantería, fijando toda su atención en fomentar la caballería. Causa de este desorden ha sido la mala intención de los generales y la ignorancia de los jefes de los Estados; porque organizado el ejército italiano, de veinticinco años á esta parte, con aventureros sin patria, sus jefes creyeron que la mejor manera de hacerse necesarios era estar ellos armados y desarmados los príncipes. Éstos no pueden pagar de continuo una fuerza numerosa de infantería, ni tienen tampoco súbditos bastantes para organizarla, y un corto número de soldados de á pie les hace poco temibles, por lo cual imaginaron tener caballos. Doscientos ó trescientos pagados á un *condottiero* les daban crédito, y el gasto no era tan grande que los jefes de los Estados no pudieran satisfacerlo. Para realizar estos designios fácilmente y para mantener su reputación, difamaron la infantería y ponderaron los servicios de la caballería. Creció tanto este desorden, que ejércitos muy numerosos apenas tenían infantería.

Dicha costumbre, unida á otras muchas faltas de organización, debilitan tanto el ejército italiano, que Italia ha sido fácilmente pisoteada por todos los ultramontanos.

El error de preferir la caballería á la infantería lo demuestra más claramente otro ejemplo de los romanos.

Sitiaban éstos á Fora, y salió de la plaza un cuerpo de caballería para atacar á los sitiadores. Hízole frente el maestro de la caballería romana con sus jinetes, y por acaso en el primer encuentro murieron los jefes de ambas fuerzas, lo que no impidió que continuara el combate entre los dos cuerpos sin generales. A fin de vencer más fácilmente los romanos echaron pie á tierra, obligando así á los jinetes enemigos á hacer lo mismo para poder defenderse, y de este modo alcanzaron aquéllos la victoria.

Este ejemplo de la superioridad de la infantería sobre la caballería no puede ser más convincente, porque en otros casos los cónsules mandaban desmontar á los jinetes romanos para socorrer á la infantería agobiada y necesitada de auxilio; pero en éste echaron pie á tierra, no para socorrer á la infantería, no para combatir con infantería enemiga, sino en combate de caballería contra caballería, juzgando que no podían vencer á caballo y sí á pie.

Sostengo que un cuerpo de infantería bien organizado no puede ser vencido sino con grandísima dificultad, y sólo por otro cuerpo de infantería.

Crasso y Marco Antonio se internaron en el país de los partos con poquísima caballería y mucha infantería, teniendo que luchar con la innumerable caballería de sus enemigos. Crasso fué muerto con una parte de su ejército, pero Marco Antonio se salvó valerosamente. En esta misma derrota de los romanos se ve la superioridad de la infantería sobre la caballería, porque

siendo un país llano, donde las montañas son raras y los ríos rarísimos, alejado del mar y falto de todo, sin embargo, Marco Antonio, á juicio de los mismos parthos, se salvó animosamente sin que toda la caballería de los enemigos pudiera desorganizar su ejército. Si Crasso murió, quien lea atentamente su expedición verá que más fué engañado que vencido. Nunca, aun en los mayores apuros de su ejército, se atrevieron los parthos á atacarle de frente, sino á correr por sus flancos, impidiéndole aprovisionarse y haciéndole promesas no cumplidas. Así le redujeron á la mayor extremidad.

Creería necesario esforzarme más en persuadir al lector de la superioridad de la infantería sobre la caballería, si la historia contemporánea no ofreciera tantos ejemplos que lo demuestran por modo evidente. Ya hemos dicho que nueve mil suizos atacaron en Novara á diez mil caballos y otros tantos infantes y los vencieron porque la caballería no les podía causar daño, y la infantería, compuesta en su mayor parte de gascones y mal organizada, la estimaban en poco. Vióse después á veinte mil suizos acometer más arriba de Milán á Francisco I de Francia, cuyo ejército era de veinte mil caballos, cuarenta mil infantes y cien piezas de artillería. Si no triunfaron, como en Novara, combatieron durante dos días valerosamente y, aunque vencidos, la mitad de ellos se salvaron.

Se atrevió Marco Atilio Régulo á sostener con su infantería el choque, no sólo de la caballería, sino también de los elefantes, y si su atrevimiento fracasó, demuestra, sin embargo, que la fortaleza de su infantería animó á aquel general para intentar tamaña resistencia.

En tiempo de Felipe Visconti, duque de Milán, bajaron á Lombardía unos diez y seis mil suizos. El duque envió contra ellos á su general Carmignuola con

unos mil caballos y pocos infantes. Desconociendo éste cómo peleaban los suizos, les atacó con la caballería, esperando derrotarlos á la primera embestida; pero al ver que permanecían inmóviles y que él perdía mucha gente, se retiró. Como Carmignuola era bravísimo general y en circunstancias extraordinarias sabía apelar á recursos también extraordinarios, reforzó su ejército y volvió á buscar á los suizos. Al emprender de nuevo la batalla, hizo desmontar á todos sus hombres de armas y, poniéndoles al frente de su infantería, atacó á los suizos, quienes no pudieron resistir, porque estando los hombres de Carmignuola á pie y armados de todas armas, penetraron fácilmente en las líneas suizas sin recibir lesión alguna y, dentro de ellas, más fácilmente aun las destrozaron, hasta el punto de que si algunos suizos quedaron con vida, fué por la humanidad de Carmignuola.

Creo que son muchos los que conocen la diferencia que existe en la utilidad de la infantería y la caballería; pero vivimos en tiempos tan infaustos, que ni los ejemplos antiguos ni los modernos, ni aun la confesión del error, basta para que los actuales príncipes procuren reformar la milicia y se convenzan de que, para restablecer el crédito del ejército de una provincia ó de un Estado, es necesario apelar á la organización antigua con todo su vigor y disciplina, á fin de que el ejército dé á su vez al Estado la seguridad y consideración necesarias; pero se apartan de la organización antigua como de otras cosas ya dichas, y de aquí que las conquistas no sean grandeza, sino carga para el Estado que las hace, según vamos á demostrar.

CAPÍTULO XIX

Las conquistas hechas por repúblicas mal organizadas, que no toman por modelo á la romana, arruinan, en vez de engrandecer, al conquistador.

Las falsas opiniones fundadas en malos ejemplos que corren con crédito en este nuestro corrompido siglo, hacen que los hombres no piensen apartarse de la rutina. ¿Cómo se podría convencer á un italiano de hace treinta años que diez mil infantes pudieron atacar en una llanura á diez mil caballos y otros tantos soldados de infantería, y no sólo combatir con ellos, sino vencerlos, como ocurrió, según hemos dicho, en Novara? Pues aunque la historia esté llena de estos ejemplos, no los creerán, y si tuvieran que creerlo, dirían que en estos tiempos las tropas van mejor armadas, y que un escuadrón de hombres de armas es capaz de atravesar, no sólo una fuerza de infantería, sino hasta un escollo.

Con estos falsos argumentos vician la opinión pública. No tienen en cuenta que Lúculo con poca infantería derrotó ciento cincuenta mil caballos de Tigranes, y que entre ellos había un cuerpo completamente idéntico á nuestros hombres de armas. Ha sido preciso que los ultramontanos nos demuestren el error.

Viéndose que resulta cierto cuanto dice la historia respecto de la infantería, deberíamos también juzgar verdaderas y útiles las otras instituciones antiguas. Si las repúblicas y los príncipes lo creyeran, cometerían menos errores, serían más fuertes para contrarrestar el ímpetu de quien viniera á atacarlos, no fundarían esperanzas en la huida, y los que tuvieran en sus manos el gobierno de un Estado sabrían conducirse mejor, ó para

engrandecerlo ó para conservarlo. Comprenderían que aumentando el número de ciudadanos, procurándose aliados y no súbditos, estableciendo colonias que mantengan en la obediencia los países conquistados, reforzando con las presas el Tesoro público, domando al enemigo con invasiones y batallas, y no con asedios de plazas, teniendo al Estado rico y al ciudadano pobre y conservando cuidadosamente la disciplina militar, es como se hacen grandes las repúblicas y extienden su poder. Y si no les agradaban estos medios de engrandecimiento, pensarían que las conquistas por otro camino son ruinosas para las repúblicas, y pondrían freno á toda ambición, arreglando el Estado con buenas leyes, buenas costumbres, renunciando á las conquistas y atendiendo sólo á la defensa, para la cual estuviera todo dispuesto, como lo hacen las repúblicas de Alemania, que así han vivido y viven libres ha largo tiempo.

Sin embargo, como ya dije otra vez cuando expliqué la diferencia entre organizarse para conquistar y disponerse para la defensa, es imposible que una república pequeña pueda vivir tranquila y gozar de su libertad; porque si no molesta á los vecinos, será molestada por ellos, y esta molestia le producirá el deseo y la necesidad de conquistar. Y si no halla el enemigo fuera lo hallará en casa, como parece indispensable que ocurra en todas las grandes ciudades.

Si las repúblicas de Alemania viven tranquilas desde hace tiempo, débese á las condiciones especiales de aquél país, que no se encuentran en ningún otro, sin las cuales no podrían gozar de libertad. Estaba la parte de Alemania á que me refero sujeta al Imperio romano, como la Galia y España; pero al llegar la decadencia del imperio y al disminuirse su autoridad en aquellas comarcas, comenzaron las ciudades más poderosas á emanciparse, aprovechando las necesidades ó

la cobardía de los emperadores, á cambio de un pequeño censo que anualmente les entregaban. De esta suerte, poco á poco, todas aquellas ciudades inmediatas al imperio y no sujetas á ningún otro príncipe, fueron libertándose.

Al mismo tiempo que esto ocurría, algunas comunidades sujetas al duque de Austria se rebelaron contra él, entre ellas Friburgo, los suizos y otras semejantes, las cuales, prosperando desde el principio, llegaron poco á poco á tanto engrandecimiento, que, lejos de caer de nuevo bajo el yugo de Austria, inspiran temor á todos sus vecinos. Estos son los llamados suizos.

Está, pues, dividida hoy Alemania entre el emperador, los príncipes, las repúblicas (que se llaman ciudades libres) y los suizos.

El motivo de que entre Estados de tan diversa organización no haya guerras, ó si las hay no sean duraderas, es la dignidad imperial que, aun cuando sin fuerzas, les inspira gran respeto y mantiene la paz, porque en cualquier conflicto el emperador se interpone como mediador, é impide la lucha. La mayor y más larga guerra que tuvieron fué la de los suizos contra el duque de Austria, y aunque hace muchos años que el emperador y el duque de Austria son una misma persona, no le fué posible domar la audacia de los suizos, con quienes no ha habido otro medio de acuerdo que la fuerza.

El resto de Alemania ha prestado escaso auxilio á los emperadores contra los suizos, sea porque las ciudades libres no estén dispuestas á combatir á los que, como ellos, quieren vivir libres, sea porque los príncipes, unos por pobres, no puedan prestarlo, y otros no quieran por envidia al poder imperial.

Pueden vivir las ciudades libres satisfechas con su pequeño dominio, porque á causa de la protección del

emperador, no tienen motivo para desearlo mayor; pueden vivir en paz dentro de sus muros, porque el enemigo está cerca y aprovecharía la ocasión de apoderarse de ellas en cualquiera perturbación interior. Si Alemania estuviera organizada de otro modo, saldrían estas ciudades de su situación tranquila y procurarían ensanchar sus dominios.

En los demás países las condiciones son distintas, y no es posible seguir igual conducta, siendo preciso que el engrandecimiento se haga, ó por alianzas ó por los medios que los romanos usaban, y quienes no lo hacen así no procuran por su vida, sino por su muerte y ruina, porque de mil modos y por muchas razones las conquistas son peligrosas. Puede extenderse la dominación sin acrecentar las fuerzas, y engrandecerse sin fortificarse es caminar á segura perdición. No adquieren fuerza los que se empobrecen con la guerra, aunque sean victoriosos, ni aquellos á quienes las conquistas cuestan más que éstas producen, como ha sucedido á los venecianos y á los florentinos, que eran más débiles cuando aquéllos poseían la Lombardía y éstos la Toscana, que cuando los primeros se contentaban con el dominio del mar y los segundos con seis millas de territorio. El mal para ellas fué ambicionar conquistas sin saber realizarlas, y merecen mayor censura porque tenían á la vista los procedimientos de los romanos, que podían imitar, procedimientos que éstos, por falta de ejemplos anteriores, tuvieron que inventar, apelando á su saber y prudencia.

No dejan tampoco de ser perjudiciales las conquistas, aun á las repúblicas mejor organizadas, cuando se adquieren ciudades ó comarcas de costumbres voluptuosas que, con el trato, se extienden á los conquistadores. Así sucedió primero á Roma cuando conquistó á Capua y después á Anníbal, cuando se apoderó de ella. Si

Capua hubiese estado más lejos de Roma, y, por tanto, la indisciplina y voluptuosidad de los soldados no fuera prontamente corregida, ó de haber en Roma gérmenes de corrupción, sin duda alguna la conquista de Capua hubiera sido la ruina de la república romana. El mismo Tito Livio lo atestigua cuando dice: *Jan tunc minime salubris militaris disciplina Capua, instrumentum omnium voluptatum, delinuit militum animos avertit á memoria patriæ* (1).

Tales ciudades y comarcas se vengan del vencedor sin lucha y sin sangre porque, contagiándole sus malas costumbres, le exponen á ser vencido por el primero que le ataca. Juvenal lo comprendió y expresó perfectamente en sus sátiras cuando dice que en los pechos romanos entraron extrañas costumbres por la conquista de extrañas tierras, y en vez de la continencia y otras excelentes virtudes, *gula et luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem* (2).

Sí, pues, las conquistas estuvieron á punto de ser perniciosas para los romanos en la época en que con tanta prudencia y tanto valor procedían, ¿qué sucederá á los que se apartan de sus procedimientos? ¿Qué ha de sucederles si á sus demás errores, ya mencionados, añaden el de valerse de soldados auxiliares ó mercenarios? Los daños que de esto les resulta los mencionaremos en el siguiente capítulo.

(1) Ya entonces Capua, foco de todas las voluptuosidades, el menos conveniente para la salud y disciplina militar, había seducido el corazón de los soldados hasta el punto de que perdieran la memoria de la patria.

(2) Anida en ellas la gula y la lujuria, vengándose así el universo vencido.

CAPÍTULO XX

Peligros á que se exponen los príncipes ó repúblicas que se valen de tropas auxiliares ó mercenarias.

Si no hubiera tratado extensamente en otra obra mía (1) de lo inútil que es la milicia mercenaria y auxiliar y de lo útil que es la propia, me ocuparía de ello ahora con más espacio que voy á hacerlo; pero habiendo sido allí largo, seré aquí breve, y no prescindo de este asunto por encontrar en Tito Livio un elocuente ejemplo del peligro de valerse de tropas auxiliares.

Son éstas las que un príncipe ó república envía en vuestro auxilio, pagadas por él ó ella, y mandadas por sus generales. A teniéndome al texto de Tito Livio diré que, después que los romanos derrotaron en diversos sitios á los samnitas con los ejércitos que enviaron en auxilio de los capuanos, y quedó Capua libre de la guerra que le hacían aquéllos, deseando que volvieran á Roma sus tropas, y á fin de que Capua no fuera de nuevo presa de los samnitas si quedaba desguarnecida, dejaron en aquella comarca dos legiones para que la defendiesen. El ocio en que éstas vivían corrompió sus costumbres hasta el punto de que, olvidada la patria y el respeto al Senado, proyectaron tomar las armas y apoderarse de aquel país que con su valor habían defendido, pareciéndoles que sus habitantes no eran dignos de poseer lo que no sabían defender. Supiéronlo oportunamente los romanos y reprimieron y castigaron aquel intento, como extensamente diremos al hablar de las conjuraciones.

(1) En la titulada *El arte de la guerra*.

Repito, pues, que de toda clase de tropas, las auxiliares son las más dañosas. El príncipe ó república á quien auxilien, ninguna autoridad ejerce sobre ellas, porque continúan dependiendo del que las envía, supuesto que, como antes he dicho, llámense tropas auxiliares las facilitadas por un príncipe que las paga, al mando de sus generales y con sus banderas, como fué el ejército que los romanos enviaron á Capua. Los soldados de esta clase, cuando son vencedores, ordinariamente roban lo mismo al auxiliado que al vencido, ó por perfidia del príncipe de quien dependen ó por propio instinto codicioso. Aunque los romanos no tenían intención de faltar á los tratados que con los de Capua habían hecho, tan fácil juzgaron las dos legiones dominar á aquellos habitantes, que la misma facilidad les inspiró la idea de quitarles la ciudad y el Estado.

De esto podría presentar muchos ejemplos; pero me basta el citado y el de Regium, á cuyos habitantes privó de la libertad y de la vida una legión que los romanos enviaron para guardarla.

Deben, pues, los príncipes ó las repúblicas tomar cualquier determinación como preferible á la de llamar en su defensa soldados auxiliares, sobre todo si tienen que fiar en ellos. Cualquier convenio ó capitulación con el enemigo, por dura que sea, resultará mejor que este recurso. Si se lee atentamente la historia antigua y se reflexiona acerca de los sucesos contemporáneos, veráse que para un caso que haya tenido buen fin, infinitos terminan en engaños.

Un príncipe ó una república ambiciosos no pueden tener mejor ocasión de apoderarse de una ciudad ó de un Estado que la de que le pidan un ejército para la defensa. El Estado que, no sólo para defenderse, sino para ofender á otro, pide tal auxilio, procura la conquista de lo que no puede conservar y le quitarán fácilmente

los mismos auxiliares. Pero la ambición de los hombres es tan grande, que, por lograr la satisfacción de un deseo, no se cuidan de un mal que en breve tiempo ha de resultarles. En este punto, como en los otros que hemos tratado, no les convencen los ejemplos de la antigüedad, porque si les convencieran sabrían que cuanto más liberal seas con los vecinos y menos deseos muestres de quitarles su independencia, más fácilmente se echan en tus brazos, como vamos á demostrar con el ejemplo de los capuanos.

CAPÍTULO XXI

El primer pretor que enviaron los romanos fuera de su ciudad, cuatrocientos años después de haber comenzado á guerrear con otros pueblos, fué á Capua.

Ya hemos dicho detalladamente cuán distintos de los procedimientos que ahora se emplean para ensanchar la dominación eran los que usaban los romanos, y cómo á los pueblos que no destruían les dejaban vivir con arreglo á sus leyes, no sólo á los que convertían en aliados, sino á los que reducían á la condición de súbditos. Ni aun en éstos quedaba señal de la dominación romana, imponiéndoles sólo algunas condiciones, y dejándoles, mientras las cumplían, su dignidad y su independencia como nación. Sabido es que observaron este método hasta que salieron de Italia y empezaron las conquistas de reinos y Estados fuera de ella.

Evidente ejemplo de lo que decimos es que el primer pretor que enviaron fuera de Roma fué el de Capua, y no por ambición de los romanos, sino porque los capuanos lo pidieron, juzgando necesario tener en la ciudad un magistrado romano para poner fin á sus discor-